

LUNA AZUL.

María Teresa Real Clemente

Magistrada titular de la Plaza 8 de la Sección Civil del Tribunal de Instancia de Zaragoza

Hace pocos días estuve viendo el musical «El Fantasma de la Ópera». Antes del éxito cosechado por Andrew Lloyd Webber, la obra escrita por Gaston Leroux en 1910 ya había sido llevada al cine en varias ocasiones: en 1962, con dirección de Terence Fisher; en 1943, dirección de Arthur Lubin. Mi favorita es la versión muda de 1925, dirigida por Rupert Julian, donde un imperial Lon Chaney, una gran estrella de la época, apodado «el hombre de las mil caras», interpreta el personaje de Eric, el fantasma. El momento en que le quitan la máscara y se descubre su rostro desfigurado es impresionante. Una imagen icónica del cine. Eric es el «monstruo» que aterroriza a quienes trabajan en la Ópera de París; en su búsqueda de la perfección estética es capaz de destruirlo todo.

Eric es uno más de esos personajes atormentados por su aspecto físico que no solo se apartan de la sociedad, lo que en el fondo no les importa, sino que se ven alejados de lo que ellos sí aprecian y anhelan: la belleza en cualquiera de sus formas, en la música, en las palabras, en el arte, en otro ser humano. Son personajes de un romanticismo arrebatado, a los que su espíritu sensible les lleva a transitar por territorios oscuros. Su idealismo les condena al ostracismo, a la soledad y, generalmente, a la tragedia, puesto que no

soportan la cortedad de miras de quienes les rodean, lo vulgar; carecen de habilidades sociales, son francos emitiendo juicios adversos sobre lo que les desagrada. Solo pueden aceptarlos quienes, a su vez, poseen la cualidad preciosa de la bondad.

Pensé en el film de Richard Linklater estrenado este año, «Blue Moon», con un soberbio Ethan Hawke dando vida al letrista Lorenz Hart, quien, junto al compositor Richard Rodgers, escribió algunos de los grandes musicales americanos y un puñado de canciones famosas, entre ellas la del título, escrita en 1934. La película se desarrolla prácticamente en un único escenario, la barra de un bar, y en tiempo real: menos de dos horas de la noche del 31 de marzo de 1943. Antes hemos conocido fugazmente el destino de nuestro protagonista, poco después de lo que se nos narra. Es la noche del estreno de Oklahoma! (sí, con un signo de admiración), en un teatro de Broadway. Hart es imprevisible, bebe demasiado, incomoda a todos con su ironía, con sus mordaces comentarios, con sus impertinencias. Rodgers, que le conoce desde la adolescencia, se ha cansado de sus salidas de tono, de su falta de compromiso en el trabajo, de su impuntualidad, de su comportamiento caótico y ha buscado un nuevo letrista, Oscar Hammerstein II, con quien en el futuro escribirá Carou-

sel, South Pacific, El rey y yo, Sonrisas y lágrimas, obras míticas del teatro musical estadounidense. Hart es bajito, poco agraciado físicamente, homosexual, pero adora a una musa inalcanzable, una estudiante universitaria de gran atractivo, quien lo aprecia solo como amigo. La trama se desarrolla en ese momento en que, tras la función, quienes participan en la obra se reúnen en Sardi's (mítico restaurante de Manhattan), junto a sus amigos y otros invitados, para esperar las críticas de los periódicos y celebrar, en su caso, el éxito. A Hart no le gusta la obra, aunque es consciente de que será un triunfo, pues conoce demasiado bien al público. Incide con desagrado en ese signo de admiración en el título, que aborrece. Ha salido del teatro antes de que termine el espectáculo y conversa con el barman; bromean mientras reproducen diálogos de «Casablanca». Un cliente, sentado en una mesa, es escritor. Hart ha leído sus libros, describe embelesado cómo coloca en su lugar exacto los signos de puntuación, las comas, del mismo modo que Rodgers es capaz de provocar la más pura emoción por el modo en que compone la melodía de una canción. Él querría cambiar el rumbo de sus colaboraciones, introducir otros temas en sus letras para conseguir algo significativo en un mundo que está cambiando; la guerra lo cambia todo. Pero su tiempo ha pasado, es un ser incómodo, molesta, abruma, no convence a Rodgers ni tampoco a su «amiga», lo dejan atrás. Con este único escenario, con esos diálogos literarios, inteligentes, sobresalientes, «Blue Moon» es puro cine.

Hart es un trasunto de Cyrano de Bergerac con su propia Roxane. Cyrano del teatro pasó al cine. José Ferrer consiguió un Oscar a mejor actor principal por su interpretación en la versión de 1950; también dio vida a otro ser abrumado por su deformidad, el pintor Toulouse-Lautrec, en *Moulin Rouge* (1952), de John Huston. Gérard Depardieu es el protagonista de la versión francesa de 1990. Para Cyrano es imposible alcanzar el amor de Roxane, a pesar de que realmente ella se enamora de la belleza de las palabras que él escribe, sin saber que es el autor. Luna Azul, encontrar el amor para quien está solo, algo raro, muy raro, los imposibles suceden. No presenciaremos este milagro.

